

LOS DOMINGOS DE ABC

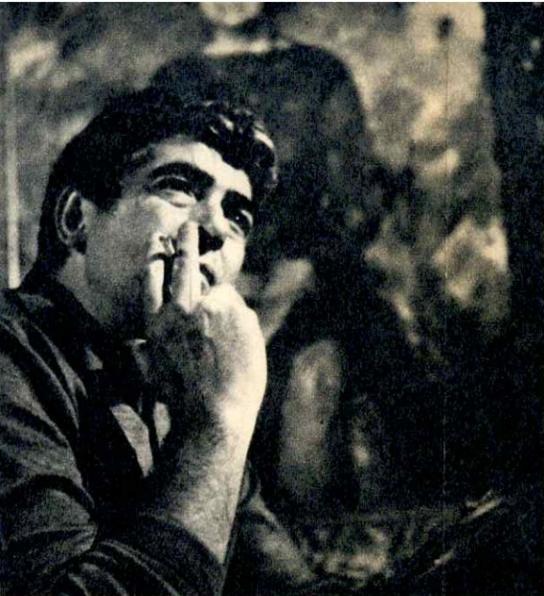
2. MARZO 1969

LA PINTURA
DE
RICARDO
MACARRON



LA DUQUESA DE SUECA

«ABC» 2 MAR. 1969.



Basabe

Fernando, de cuyo profesorado formaban parte, entre otros, Benedito, Aduara, Molés, Hermoso, Labrada, etc. Desde entonces no he dejado de pintar.

Los pintores de vanguardia menosprecian a la Escuela de Bellas Artes de San Fernando como algo decadente. Claro que muy pocos resistirían la prueba elemental de encajar con un lápiz una figura del natural en un pliego de papel.

—A mí me parece importante para todo pintar pasar por la Escuela de Bellas Artes de San Fernando; cuanto aprendí allí me ha servido mucho, porque es una formación que todo artista necesita.

Recuerda a don Joaquín Valverde como el maestro que más influyó entonces en él. Y también que en una de las clases conoció a Alicia Iturriz, su mujer.

—Alicia comenzó a pintar con unas condiciones que impresionaron a don Ignacio Zuloaga. El fue quien le recomendó que ingresara en la Escuela de Bellas Artes, al ver sus dibujos. Entonces Alicia vino a Madrid y ocurrió algo realmente curioso: no consigue ingresar al primer intento. A partir del año siguiente, cuando ya era alumna, obtuvo varios premios y su carrera fue muy brillante.

—¿Puede pensarse que has anulado su personalidad como pintora?

—No; yo he sentido mucho que dejase de pintar, porque me gustaban realmente las cosas que hacía. Pero cuando nació Susana, nuestra primera hija, se puso a hacer chaquetitas de punto y se olvidó de la pintura en lo sucesivo. Creo que Alicia es la persona que más cree en mí; probablemente se equivocó, pero es así. Se ha dedicado mucho a ayudarme y yo lo digo públicamente, porque es verdad.

MIEMBRO DE LA ROYAL SOCIETY OF PORTRAIT PAINTERS

En 1949 realiza Ricardo Macarrón su primer viaje a París, donde no entendió nada de lo que vio. Luego estuvo en Bélgica, Holanda, Noruega, Dinamarca e Italia, siempre en viajes de estudios.

—Excepto en Noruega, donde pinté un retrato a la señora de Sthensen. Era tal el entusiasmo de aquellos años, que Alicia y yo hicimos un viaje sensacional, en moto, de Madrid a Oslo.

Un día la señora de Berry visita en Madrid el estudio de Ricardo Macarrón y le encarga el retrato de su hijo, para lo cual tendría que trasladarse a Londres. Fue realmente su primera salida de trabajo.

El señor Berry era una especie de jefe de la guardia personal de la Reina de Inglaterra. Cuando Ricardo Macarrón llegó a Londres y planteó el problema de elegir un lugar para pintar el retrato, el señor Berry le ofreció un apartamento en Hyde Park. Como Macarrón vivía al oeste de Londres, empleaba cada mañana una hora de transporte. El niño que iba a pintar estaba en un colegio y todos los días aparecía, a la hora en que debía posar, acompañado por el chófer de su padre.

—Era la primera vez que pintaba fuera de España prácticamente. La luz, el ambiente, todo me parecía extraño, incluso el lienzo y los colores que había encargado en Londres.

El retrato del niño Simón Berry fue presentado a la Exposición de la Royal Society of Portrait Painters, de Londres, donde obtuvo un gran éxito, como consecuencia del cual Ricardo Macarrón fue nombrado miembro de esta Sociedad, en la que sólo figuran dos extranjeros.

Este éxito artístico en Londres, con el retrato del niño Simón Berry, fue comentado ampliamente en el "Times" y en se-

guida recibió nuevos encargos para pintar retratos: Cameron, Richardson Stuckley, Mac-Claud, etc.

Después comenzó a pintar a la señora de Richardson, que vivía en Merstham, a cincuenta kilómetros de Londres. En la estación de ferrocarril esperaba a Macarrón todas las tardes el coche de la señora, pues la casa estaba a cinco kilómetros.

—En uno de aquellos viajes el tren se estropeó y nos hicieron bajar en un apeadero. Allí temí otro para continuar el viaje y durante todo el trayecto fui en vilo, pensando que podía pasarme de estación, pues no hablaba nada de inglés. Pasé verdadera angustia, hasta que logré hacerme entender por un señor, que al llegar a Merstham me bajó del tren como a un paquete. El chófer de la señora Richardson estaba muy inquieto; llevaba esperándome mucho más tiempo que de costumbre y no se había enterado de la avería ferroviaria.

Cuenta Macarrón esta anécdota porque para él supuso un esfuerzo tremendo el comenzar a pintar retratos en Londres, en un ambiente muy diferente al que estaba acostumbrado y con el inconveniente de no hablar inglés.

CINCO GRANDES MURCIELAGOS

Pintó Ricardo Macarrón un retrato en la casa de los Mills. Le sorprendió aquel palacio antiguo que le recordaba los que había visto en el cine cuando era niño.

—Al saludar al señor Mills, le dije: "Tiene usted una casa muy bonita." Me respondió: "Sí, aunque con modernas reparaciones." Yo no las había advertido y así se lo dije. Me respondió con naturalidad: "La entrada por la que usted acaba de pasar es del año 1500; pero es que la casa data de 1200."

En aquella vieja casa, lóbrega y sombría, comenzó Ricardo Macarrón a pintar el retrato. Eligió la habitación en la que entraba más luz; para llegar a ella tenía que atravesar largos y oscuros pasillos.

Uno de aquellos días el señor Mills pidió el automóvil y se fue a la ciudad; cuando regresó por la noche dijo que le gustaría ver cómo iba el retrato. Macarrón fue a por el lienzo a la habitación donde pintaba, que acostumbraba a dejar con la ventana abierta para que no oliera demasiado a pintura.

Retrato de Simón Berry.



—Cuando entré en la habitación vi cinco murciélagos extraños, grandísimos. Cogí rápidamente el retrato y bajé la escalera francamente asustado. Le dije al señor Mills que había visto una especie de vampiros. "No se preocupe", me respondió. Tiró de la cinta de la campanilla y entre tanto volvió a decirme: "Tengo un criado español, de León, que hace un ruido con la boca para atraer a los murciélagos. Estos se le colocan dócilmente sobre un brazo, mientras abre la ventana y los lanza al jardín."

En otra casa de Inglaterra, donde también iba a pintar un retrato, el dueño le advirtió al llegar: "A veces, después de las doce de la noche se oyen ruidos de tanto especiales; pero no se asuste, no pasa nada; es el espíritu de la antigua propietaria de la casa que se nos manifiesta."

—Entonces, la mujer de este señor, que era escritora y, por cierto, muy sensible, a la que yo iba a pintar el retrato, intervino para decir: "No debías haber preocupado al señor Macarrón con respecto a esos ruidos, porque hace ya varios meses que no oímos nada y tampoco hay razón para pensar que en estos días vayan a manifestarse nuevamente."

EL PERRO Y EL JARDINERO

Las anécdotas que Macarrón puede contar, todas ellas ocurridas con motivo de sus encargos en Londres, bastarían para escribir un libro.

—Pintaba yo un retrato en una casa que estaba totalmente aislada, en medio del campo. Un día coincidió que salía todo el servicio y que los señores de la casa tenían también que ir a la ciudad. Me quedé solo. Sabía que allí se guardaban cosas de mucho valor y entonces empecé a pensar que estaba solo, que alguien podía saberlo y aprovechar la ocasión para robar y darme un garrotazo por la espalda. La verdad es que pasé mucho miedo.

Finalmente, Macarrón nos cuenta que cuando pintaba en un caserón del siglo XVI, donde los techos eran de madera, oyó en el piso de arriba unos ladridos enfurecidos. En una de las primeras poses con la señora a quien pintaba comentó: "Parece que el perro se ha enfadado." La señora respondió: "No, no es el perro; es el jardinero. Durante la guerra cayó una bomba en la casa cuando él estaba dentro

Mercedes Sundheim, señora de Bertrand.



y de resultas de la impresión se volvió loco. De vez en cuando ladra como un condenado imitando al perro con bastante precisión."

—Todo esto crea un clima poco apacible, sobre todo cuando se está pintando en una casa que no se conoce; en un clima de voces o de ruidos misteriosos; con el problema del retrato que a lo mejor no te sale, y para lo cual has hecho cuarenta kilómetros desde Londres.

—¿Cuál es la mayor dificultad que has encontrado para pintar en las casas de Inglaterra?

—Sin duda alguna, la falta de luz. Y no solamente porque hay menos luz que en España, sino porque allí las casas de campo tienen ventanas pequeñas y los árboles muy cerca, de manera que la poca luz que hay no entra.

EL RETRATO DE LA REINA VICTORIA EUGENIA

Ricardo Macarrón ha pintado uno de los mejores retratos de la Reina Victoria Eugenia.

—¿Fue fácil o difícil?

—La historia es la siguiente. Cuando llegué a Lausana elegí en la residencia de la Reina el lugar donde hubiera mejor luz. En la primera entrevista me dijo Su Majestad: "Macarrón, tenemos un trabajo

RICARDO MACARRON

Muy consecuente ha sido la evolución de Ricardo Macarrón ajustándose a las técnicas de cada momento. Su ruta es sólida, su hacer cada vez más personal y aquilatado. Desde las primeras presentaciones los cuadros de Macarrón causaron ya una gran impresión. Recordamos aquella «Natividad» de la Nacional de 1952, con las beguinas agrupadas en un virginal ramo, tan altas, tan espirituales como sus cánticos.

Tras esta etapa su arte se hace más robusto y de un claroscuro más profundo. Es la que pudiéramos llamar segunda fase de su arte, de un dramatismo buscado, más que en los temas, en la materia pictórica, fuerte y de recias sombras. Y con una busca de expresiones acongojadas y de interiores de luces contrastadas. En este momento su técnica se hace más amplia, de pinclada larga y honda, de una tendencia temática que humaniza gravemente su pintura. Los volúmenes son sólidos y hay en su arte una predilección por las vidas

amargas. Es ahora cuando pinta unos niños tristes, envueltos en su drama por una tonalidad dorada, que hace más cándida su expresión.

Y tras esta manera viene un cambio bastante radical. Es su etapa de retratista, en la que, manteniendo la misma soltura de pincel, su coloración se hace gayá, de colores luminosos, de claros, azules y rosas. Con estos toques alados puede captar la personalidad en sus tics y matices más delicados. La fortuna de retratista de Macarrón no se encuentra sólo en esta técnica, de tan suaves y vivas entonaciones, sino en la gracia con que sabe captar no sólo la fisonomía, sino las actitudes del modelo. Cada persona tiene un dinamismo diferente modelado por su intimidad. Y es esta penetrante observación del natural lo que vitaliza a estos retratos de Macarrón, en los cuales, no sólo la posición, sino hasta el color —unas veces brillante y otras más sombrío— está adaptado a la psicología de cada protagonista.

José CAMON AZNAR

muy difícil de resolver; si usted me pinta con mucho realismo no voy a parecer yo, y si el retrato va a ser más bien imaginativo, tampoco."

El primer día en que la Reina posó para el retrato, Macarrón estaba emocionado, nervioso, titubeante.

—Mi sorpresa fue grande cuando advertí que en la primera sesión había resuelto ya todo el retrato, mejor de lo que podría esperar.

Cuando en febrero de 1968 llegó la Reina Victoria a Madrid, Macarrón vio con sorpresa su retrato publicado en la portada de ABC y que el pueblo de Madrid que acudió al aeropuerto de Barajas llevaba ese retrato pegado en los cristales de los coches.

COLOFON

En este momento Ricardo Macarrón está dedicado por entero al retrato, cuya disciplina encuentra apasionante, aunque no lo considera fácil. También pinta paisajes y flores.

Próximamente pondrá estudio en París, donde tiene que vivir varios meses para pintar algunos encargos, y luego se trasladará nuevamente a Londres con el mismo objeto.

En Inglaterra ha expuesto tres veces: dos en la O'Hana Gallery de Londres y una en la Broadway Art Gallery, de Broadway-Worcestershire.

YA en la escalera que conduce al estudio se percibe olor a pintura fresca. Este es un artista que trabaja intensamente, que no pontifica en las tertulias de café, ni fuera de ellas, que entrega su vida, desde que tiene uso de razón, a ese diálogo agotador que cuando se crea tiene lugar entre el pintor y la materia lograda en el lienzo.

No hay apenas un metro cuadrado sin un cuadro. Las mismas butacas sostienen sobre sus brazos cartones con notas de color, pequeños estudios, cabezas de niños apenas empezadas, con el óleo todavía fresco. Ricardo Macarrón pinta, como en pleno delirio, a veces sin descanso. Se sienta a esperar que entre la primera luz del día por la claraboya del estudio, y cuando las sombras de la noche le amenazan aún se resiste a separarse del caballete.

Su fertilidad, el ansia continua de resolver nuevos problemas que se le presentan a cada momento, supone para Ricardo Macarrón algo así como una enfermedad crónica.

LA PEQUEÑA HISTORIA

Nació en Madrid, en 1926. Durante la infancia su salud fue muy delicada, por lo cual pudo estudiar poco. En la cama ya pintaba y modelaba con avidez preocupante.

—Algún tiempo después mi padre me sacaba a dar paseos, durante los cuales yo hacía dibujos del natural, como el paso del "Graff Zeppelin" sobre Madrid.

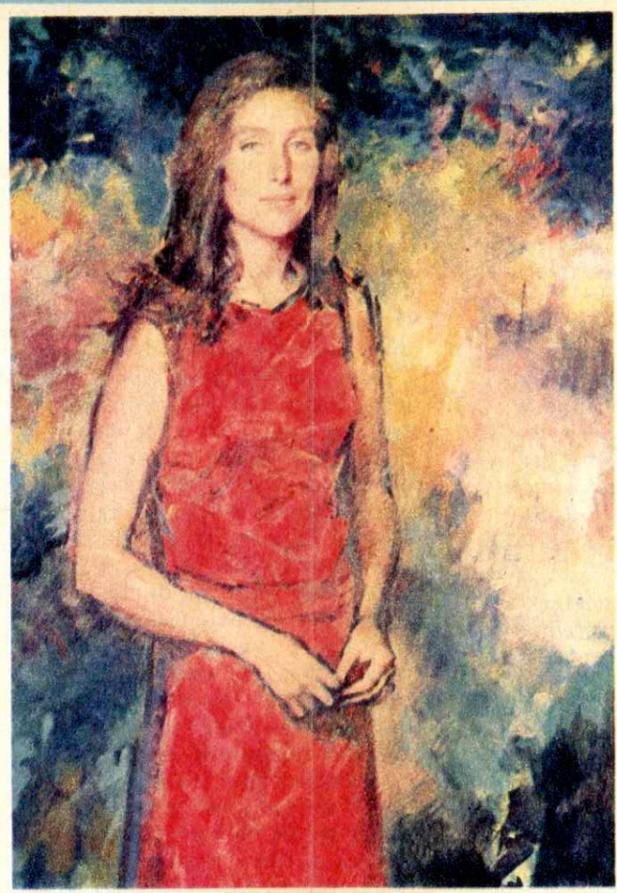
En la adolescencia, su lugar preferido para estar durante horas y horas eran los talleres de la Casa Macarrón, donde veía con gran interés la obra de los pintores y escultores actuales.

—Entonces conocí, siendo niño, a los maestros ya consagrados, como Moreno Carbonero, Zuloaga, Vázquez Díaz, Benedito, Sotomayor, los hermanos Zubiaurre, etcétera. A los doce años comencé mi amistad con Benjamín Palencia, que se interesaba mucho por mis trabajos, haciéndome olvidar las penalidades de la guerra.

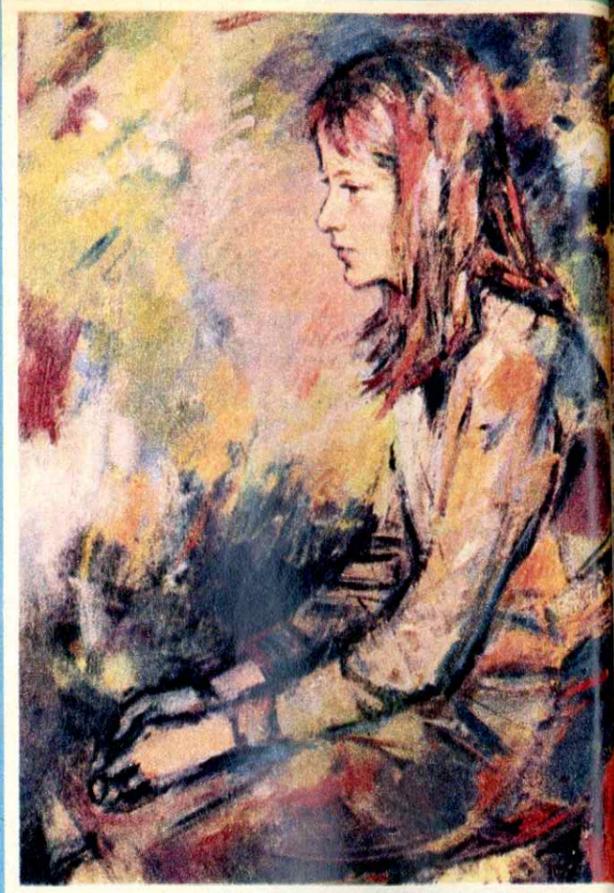
Después comencé a estudiar el bachelato; su padre no quería que fuese pintor, pero, no obstante, Ricardo Macarrón se preparaba para ingresar en la Escuela de Artes Decorativas de Bruselas.

—Más tarde ingresé en la Escuela de Artes y Oficios de Madrid, donde tuve como profesores a Mateu, Pérez Comendador y Lapyese. A los diecisiete años era alumno de la Escuela de Bellas Artes de San

LA PINTURA DE RICARDO MACARRON



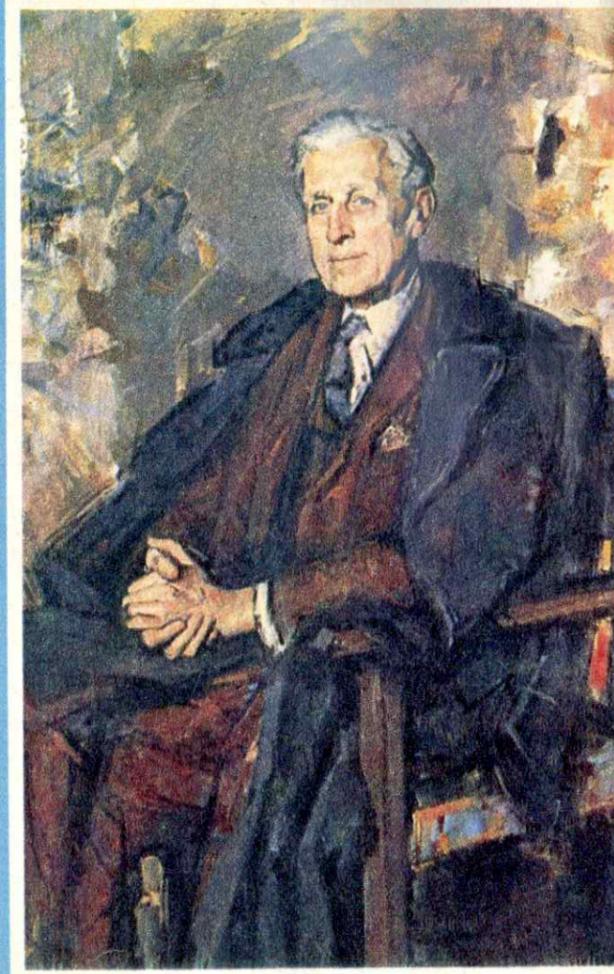
Mercedes Royo Villanova



Gracia Muñoz Rojas.



Duquesa de Montellano



Conde Potocki

